

EL PARAÍSO DE LAS ISLAS

QUEDAIS EN MANOS DE OBAMA

UN CUENTO SOBRE LA PREHISTORIA DEL NOMADEO

emiliosola@archivodelafrontera.com

Colección: E-Libros: El paraíso de las islas
Fecha de Publicación: 09/08/2012
Número de páginas: 5
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

www.cedcs.org
info@cedcs.org
contacta@archivodelafrontera.com

www.miramistrabajos.com

QUEDAIS EN MANOS DE OBAMA



UN CUENTO SOBRE LA PREHISTORIA DEL NOMADEO

- Me voy tranquilo. Quedáis en manos de Obama.

Ya no sabían muy bien lo que significaba aquella expresión, pero la seguían usando, una tendencia expresiva de tres o cuatro años atrás. Alguien se lo preguntó a la Carla Canon, que andaba por allí, y la Carla se echó a reír.

- Dicen que son las últimas palabras de don Borondón antes de morir.
- Bueno, y qué. Seguimos sin entender nada.
- Pues a investigar, ¿no te jode? Como si una tuviera que tener respuesta para todo.

El Tanke – ese era el preguntón en este caso – se lo tomó a pecho y pidió ayuda a una de sus colegas, experta ciber, pues él era un Manguí para el detectivismo en la red, para ensamblar contenidos.

Enseguida localizaron que sí, que eran las últimas palabras del Borondón, según unas cintas grabadas que trataron en el laboratorio después de haber estado muchos años enterradas en su tumba, nada menos que hasta el primer centenario de la GG y muerte de JB, como se databa.

Se referían esas palabras a un político antiguo que había decidido apoyar incondicionalmente los intersticios de nomadeo claves en el deambular de la gente de un lado para otro; y había conseguido centrifugar, con ello, todo lo centripetado, darle la vuelta al Sistema, así, como decían, con Mayúscula, como si el Sistema fuera el único dios verdadero de la realidad.

El Tanke se sobresaltó. “¡Una ostia el Obama, el sol!”
Debió entender de aquello que le decía su colega lo que entendiera, pero se le escapó esa exclamación.

- Sí, aquí dice también que inició la era de la energía solar. Y de la eólica y de no sé cuántas cosas más.
- ¡Qué cabrón, también, el Borondón!

La tosquedad del Tanke y sus reacciones inesperadas ante algo fascinaban a la Consu, que así se llamaba la colega ciber, y por eso le hacía más caso que a otra gente; el Tanke lo captaba y le gustaba.

Cuando a la Consu – la Consu III, aclaraba ella en ocasiones – le decían que si tenía rollo o lío con el Tanke, ella lo negaba rotunda y se reía; no podría soportar un novio como el Tanke que babeaba literalmente cuando pasaba una tía buenorra, como él decía “Es un insoportable machista en todos sus tics”, decía la chica, pero a la vez sabía que ese era uno de los perfiles del colega que más la maravillaba. Decía que no se lo podía creer. A causa de ese interés raro debió ser, pero la Consu siempre estuvo al quite de las necesidades de ayuda del Tanke, sobre todo en cosas de información, para lo que ya recurrir al ciber era una necesidad. Cuando ya estuvo orientado en la búsqueda, la Consu se fue.

El Tanke siguió un buen rato con las búsquedas. El tal Obama tenía una firma primaria, llamativa y rotunda que enseguida adoptaron grafiteros reconocidos y llegó a convertirse en bandera protectora en algunos momentos: la enseñabas y podías pasar al intersticio de paso que te tocara en el camino.

Esos eran los detalles que le interesaban al chaval, esos exactamente,

y cuando se lo contaba a la Consu, por la noche en el garito, en la copa de antes de irse a dormir, los resultados sobre la búsqueda de información sobre las manos del tal Obama, por ejemplo, la Consu se partía de la risa.

- Tanke, tienes una mente del paleozoico – le jaleaba la Consu, y el otro se reía, babeante como siempre.

Aquella noche la velada de charla se alargó, en el garito, más de lo acostumbrado.

La Carla Canon andaba por allí hecha una leona, más guapa que nunca, y el Tanke la devoraba con los ojos cada vez que se acercaba por la mesa.

Le contó a la Consu que él procedía de un intersticio de nomadeo que había encontrado su madre, con todo lujo de comodidades, pero con los barrios centrales dedicados a grupos de enfermedades raras, y aquello era un número. Ya desde niño, las pelis y los juegos que más le gustaban eran de zombis para arriba, hasta las pelis de monstruos devoradores de despojos; le hacían gracia y le impresionaban mucho menos que algunos de aquellos vecinos, con alguna enfermedad rara deformante, que intentaban pasárselo lo mejor posible y sin complejos, con los niños más traviesos y curiosos, como él lo había sido, como sus mejores cómplices para ello.

A la Consu, a veces, por la manera que tenía el Tanke de contarle aquellas cosas, le parecía a ella, la enternecía. Tuvo una novia de niño, también niña como él, pero que unas deformaciones en la piel la habían dejado como una calavera descarnada, la Susi, y todavía hoy, al acordarse de ella, se le saltaban lagrimones de piedad y ternura. Era un sentimental, el Tanke.

Pero todo se le iba de la cabeza cuando pasaba una *tía buena*, como él decía, o *maciza*, o así. El intersticio de su niñez se llamaba Chakala, y estaba en un lugar montañoso muy lindo. Ya jovenzuelo, la primera vez que salió de Chakala para ir a otro intersticio cercano, a la orilla del mar, en un viaje de estudio de colegas difíciles, consiguió despistar a los suyos y se enroló de marinero en una nave que zarpaba en el día. Ya no paró de nomadear desde entonces, de instalaciones energéticas en astilleros y en repoblaciones forestales, de intersticio en intersticio, la libertad.

Por eso ahora, al descubrir con su ayuda – y el Tanke miraba a la Consu babosillo – que aquellas manos de Obama que tantas veces había evocado - ¡qué cabrón, el Borondón! – eran las del tipo que había lanzado los primeros intersticios de nomadeo del paraíso de las islas, al descubrirlo le parecía que había estado evocando a una sombra protectora, la madre que le parió, el sol.

La Consu terminó por convencer al Tanke, ya un poco borracho, de que le volviera a contar todo aquello que le había contado, pero por la mañana; quería registrarlo.

Al Tanke le hizo gracia, y así lo hicieron.

Documentación: BB-1640 y BB-15802020.

FIN

